18 junio 1962

Repetida

142

ANA

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

LAS peluquerías españolas son como el Archivo de Indias de la prensa periódica. En ellas se encuentran los números atrasados de las revistas en boga. Es a las peluquerías y no a los puestos callejeros donde hay que ir a buscarlas, y si faltan, a las antesalas de algunos odontólogos, pero ya con menos probabilidades de éxito. Mientras me preguntaban cómo quería la patilla, si recta o cuadrada, extremo este al que nunca he sabido cómo contestar y cuya categórica respuesta eludo siempre, yo estaba viendo la fotografía de Ana. Ana era un magnífico ejemplar humano, alta y altiva, la boca un tanto desdeñosa y fría, envuelta en un abrigo de astracán con cuello de armiño, alhajada con un collar y pendientes de perlas, los ojos hundidos pero enigmáticos y brillantes, sobre la cual dictaminó, interpretando los sentimientos unánimes, el maestro barbero con esta frase lapidaria: "¡Vaya socia!"

Como la revista, de la que Ana ocupaba una página entera, era francesa, antes de ajustarme la patilla fuí requerido para que les explicase lo que decía al pie. Y fué entonces cuando descubrí que aquella mujer extraordinaria era la famosa maniquí de Jaques Fath y de Nina Ricci, que en los últimos días de marzo se había suicidado, a los treinta y ocho años, por creerse más vieja y menos bonita de lo necesario para ser amada. Yo conocía su historia, pero no había visto nunca fotografías suyas. Ahora, en presencia de aquella que la trágica actualidad de su muerte había difundido por doquiera, me quedé absorto. La belleza de Ana en las vísperas de la decisión que terminaba sus días era arrolladora y vitoreable. Ana, que obtenía póstumamente el éxito de interrumpir las tareas de la peluquería y de atraer en torno de su efigie cuatro oficiales, seis clientes y el botones, hubiera podido del mismo modo dejar sin habla a los comensales de Valentín, producir congestiones de tráfico en la Gran Vía o parar la circulación de la Cibeles. No le parecía, sin embargo, suficiente su belleza, lo cual era como si Rockefeller considerase escasa su fortuna, y, en vista de eso, no es que se sintiese amargada o triste, estados de ánimo admisibles, sino que tomaba la inverosímil y siniestra determinación de abrirse las venas y dejarse morir.

—¿Qué "quedrán"?—apostilló el principal mientras hacía zumbar sus tijeras como un moscardón veraniego alrededor de mi cráneo.

He vuelto a pensar después varias veces en el caso de Ana. Nunca nadie, con menos motivos, ha buscado la puerta falsa del suicidio para huir de la vida. Al parecer, un policía de fronteras fué el fulminante de esa decisión absurda. El policía vió su pasaporte, la fecha de su nacimiento falsificada y se permitió algún comentario burlón. Entonces la pobre Ana, histérica, hipersensibilizada, se sintió en ridículo y decidió matarse. Que sirva de aviso a los policías para que no ironicen sobre la edad de las pasajeras cuando atribuyan sus mixtificaciones a motivos de vanidad y no de otra índole.

Los treinta y ocho años son posiblemente una edad delicada para la mujer. Aún le quedan a su belleza largas horas de resplandor, pero es posible que el brillo de la juventud se haya disipado ya. Es en las edades críticas que suponen una reacomodación física o mental, un cambio de postura en las que se pone a prueba el vigor de espíritu. Saber abdicar es una de las artes esenciales en las que todo ser humano tiene que ejercitarse. Hay que abdicar sin perder el humor ni la compostura, unas veces de la fuerza, otras del amor, o del éxito, o del poder. La vida, con mayor o menor abundancia y generosidad, según los elegidos, ofrece una serie de dones que paulatinamente regatea, disminuye y, al fin, retira. Pero quien no se resigne a que se los arrebaten y se encrespe y proteste, aparte de adoptar una actitud estéril, demostrará poca clase, un mediocre estilo, un fallo constitutivo esencial. Ana creía que los bienes y los goces terrenales sólo podían llegarle por la vía de su hermosura y que caducada y marchita ésta debía renunciar a todo. Trágico error. Salvo contados casos, la mayoría de los seres traen a la vida la dote necesaria para conquistar la felicidad. Esta no se logra porque el azar, o la torpeza, o la ambición excesiva tuercen nuestro rumbo, pero sería injusto culpar de esos fracasos al destino. La dote estética de Ana rebasaba con mucho la imprescindible para ser feliz. La mujer del guardarropa, que acabó uniéndose al jurado de la peluquería e informándose de las causas por las cuales Ana había dimitido su condición de vivienta, comentó con tanta sencillez como elocuencia: "Y entonces ¿qué debe hacer una?" Nosotros comparamos el rostro fascinador y resplandeciente de Ana, su silueta afilada con la de aquella buena señora y tácitamente llegamos a la conclusión de que no le quedaba otra opción que la de tirarse al Metro. La señora del guardarropa, sin embargo, había aprovechado la calderilla que le tocó en el reparto de dones naturales para atrapar al señor Paco, o al señor Julián, o al señor Emilio y había formado, bajo la tutela de la Providencia, un hogar bastante apañadito en la plaza de Tirso de Molina, antes Progreso.

Es una lástima que Ana malbaratase sus encantos abriéndose las venas. Ignoraba cuántas compensaciones tiene la vida a la hora del poniente para quien lo encara con dignidad y sin perder la sonrisa. Ignoraba, además, que el poniente dista mucho todavía de los treinta y ocho años. Ignoraba demasiadas cosas y así acabó la pobre.

Es penoso decirle, a manera de epitafio, que su muerte fué el colmo de la sinrazón y de la tontería. Probablemente Dios le habrá dado la luz de un postrer segundo para que lo comprendiese y se arrepintiera de su locura. Probablemente también en el último resplandor del espejo de su sala mortuoria—el frío baño de su departamento de la rue Marbeuf—se habrá visto lo suficientemente bonita para desear aún seguir viviendo. Aunque ya, por desgracia para ella, eso fuese imposible.